

COLECCIÓN  
ACUARELAS

**M**uy lejos de aquí, en una región poblada de cóndores y llamas, se extendía una llanura inmensa donde vivía un joven aimara: Yatiri.

Aquel año, no llovió y el llano se volvió un desierto.

¿Qué podía hacer Yatiri para enfrentar los caprichos del cielo?

“¡Escucha tu corazón, le dijo Mamá Luna, él te guiará!”

Un cuento sobre la camanchaca, la bruma del norte de Chile, que sale cada mañana del Pacífico para traer vida al desierto.

# Yatiri

y el hada de las brumas

Danièle Ball



ISSN 156-35-0810-2



9 789561 808102

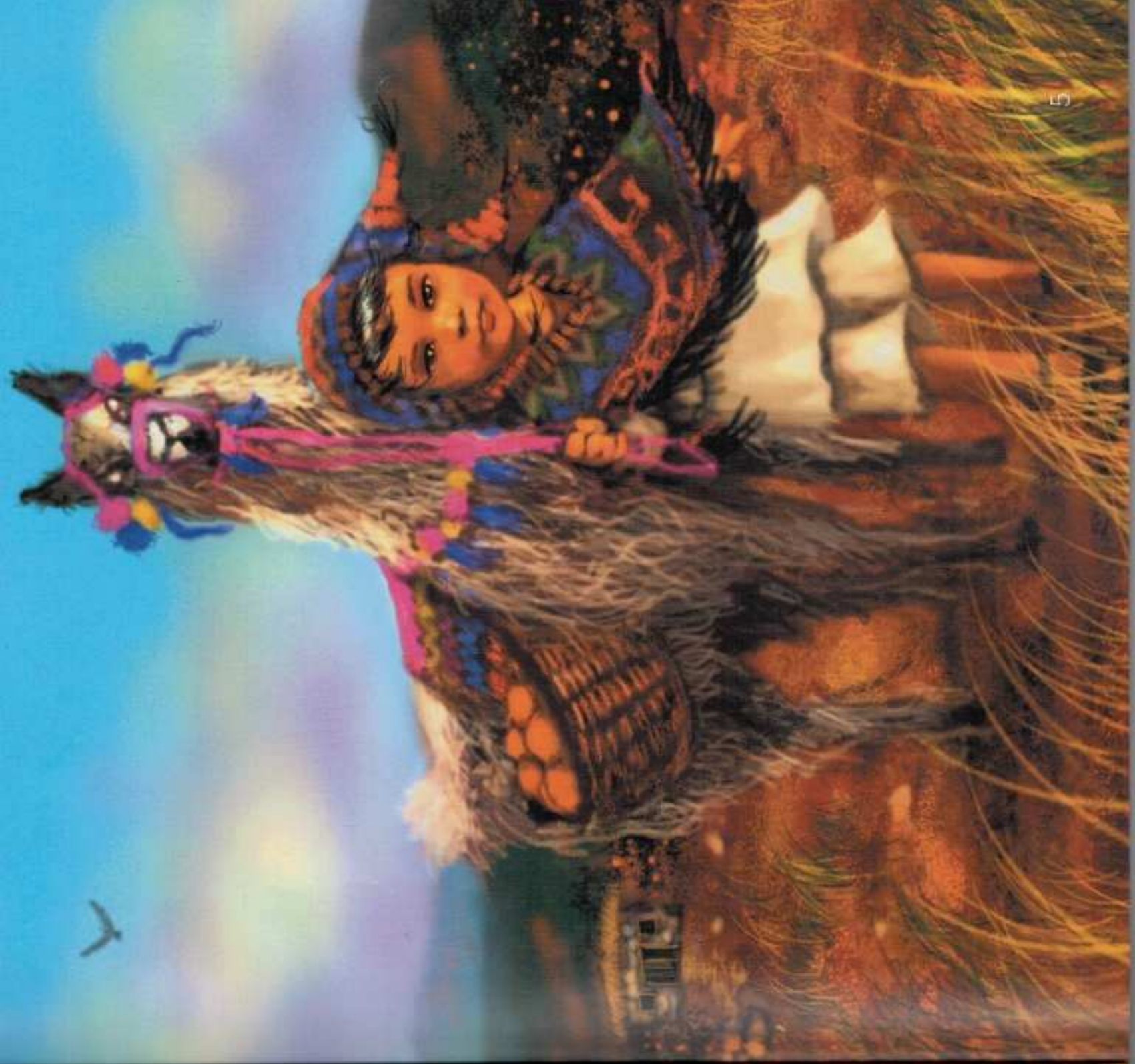
**edebé**  
Editorial Don Bosco

**edebé**  
Editorial Don Bosco



Lejos, muy lejos de aquí, en una comarca poblada de cóndores y llamas, se extendía una llanura inmensa. Y allí, en un pequeño pueblo, vivía un joven aimara: Yatiri.

A Yatiri le gustaban los ponchos que su mamá tejía con la lana de las llamas, el vergel desbordante de mangos, de guayabas y de naranjas, y la gran pradera donde pacían los animales.





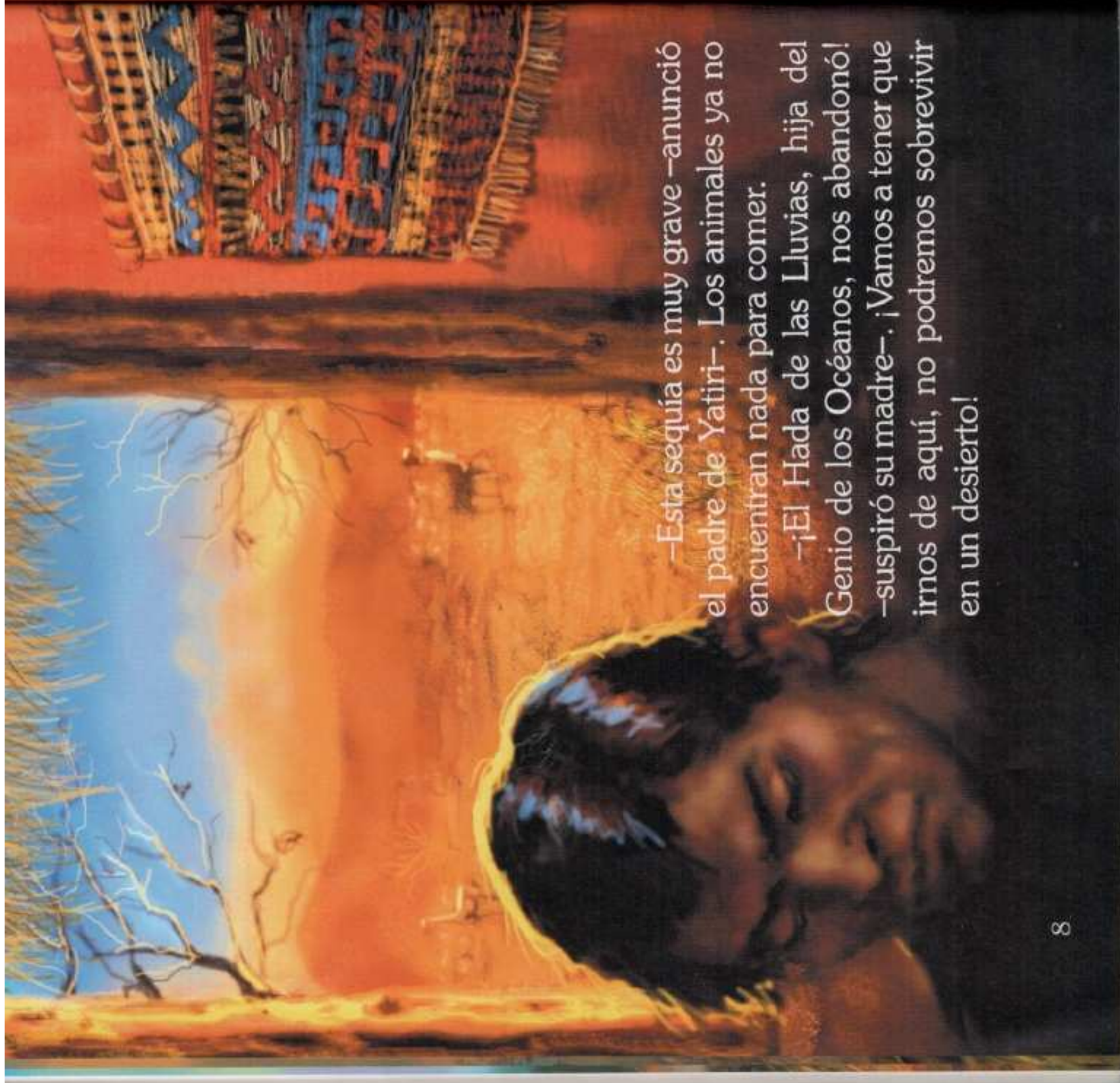
Aquel año, ¡no había llovido!  
En el cielo ni una nube, en la tierra ni una  
gota de agua.

Los árboles estaban sin frutos, las hierbas  
se iban resecando.

¡Poco a poco, la pradera se iba convirtiendo  
en un desierto!

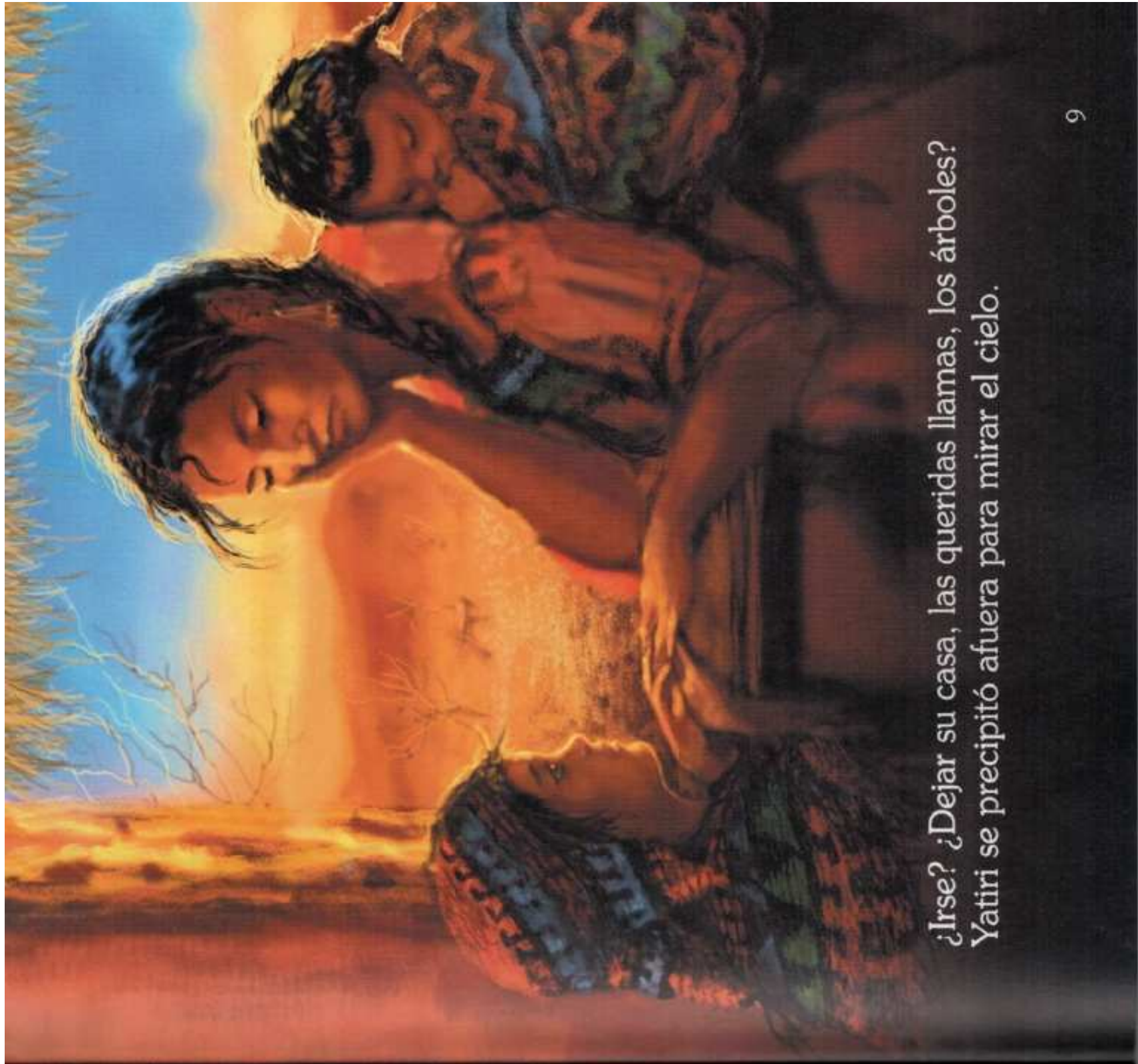






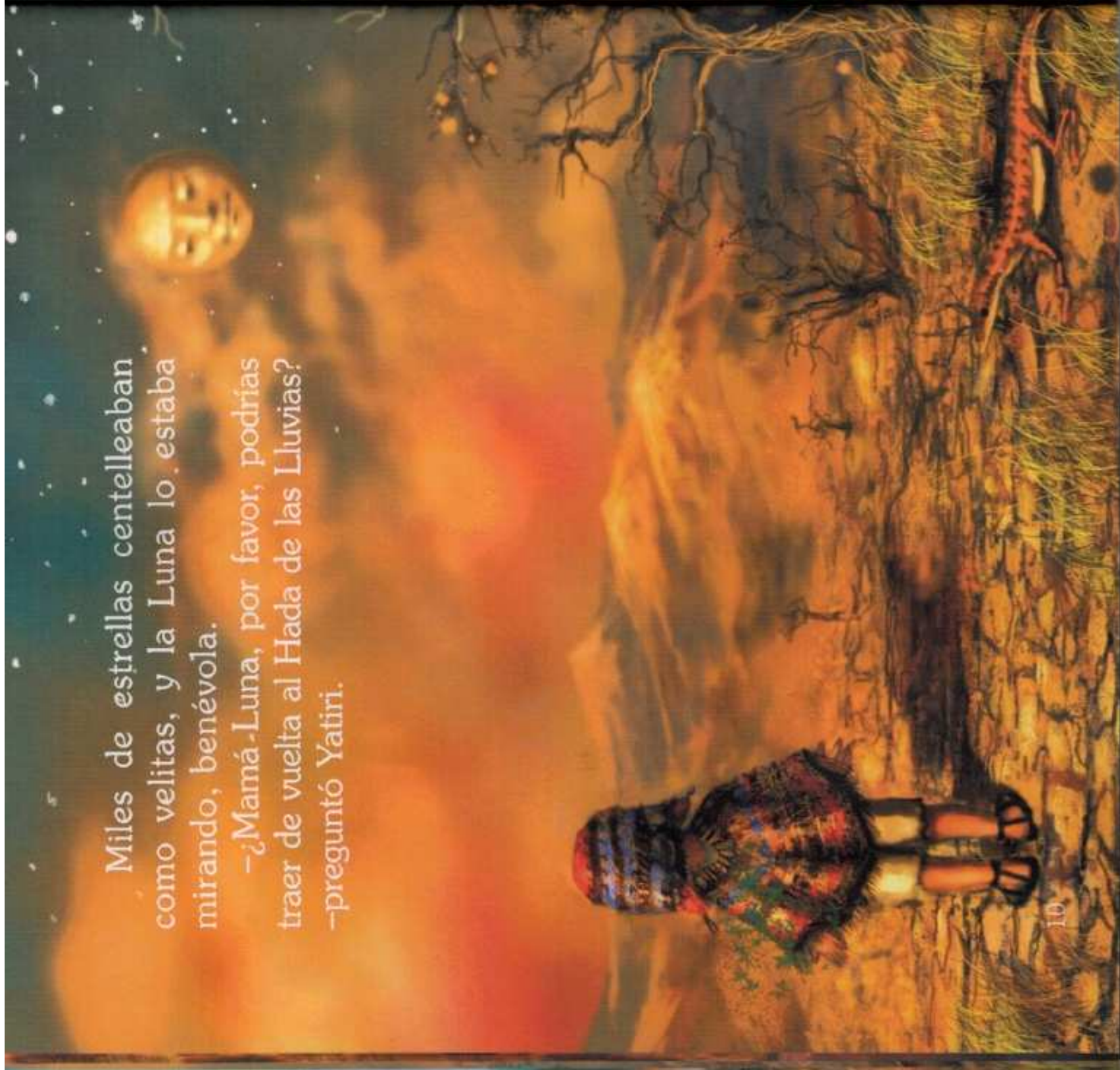
—Esta sequía es muy grave —anunció el padre de Yatiri—. Los animales ya no encuentran nada para comer.

—¡El Hada de las Lluvias, hija del Genio de los Océanos, nos abandonó! —suspiró su madre—. ¡Vamos a tener que irnos de aquí, no podremos sobrevivir en un desierto!



¿Irse? ¿Dejar su casa, las queridas llamas, los árboles? Yatiri se precipitó afuera para mirar el cielo.






Miles de estrellas centelleaban como velitas, y la Luna lo estaba mirando, benévola.

—¿Mamá-Luna, por favor, podrías traer de vuelta al Hada de las Lluvias? —preguntó Yatiri.

10



—Lo lamento, mi niño, no puedo ayudarte —respondió Mamá Luna. El Hada de las Lluvias se enamoró del Genio de los Bosques y se fue con él.

—No lloverá más aquí. Nunca más...

11



-Pero entonces, ¿qué podemos hacer? -se lamentó Yatiri.

-Escucha tu corazón -respondió Mamá Luna-, ¡él te guiará!

Con la garganta apretada, Yatiri volvió a su casa, a acostarse.

12



Al día siguiente, Yatiri fue a caminar por el desierto, en busca de una señal, de una idea...

13





De repente, divisó un ave de plumas café que yacía en el suelo, inmóvil.

Se acercó despacito y descubrió que era un cóndor joven.

—¿Estás herido? —le preguntó Yatiri.



—No logro levantarme —dijo el cóndor—, me lastimé un ala.  
—¿Caíste del cielo?

—Sí... Esta mañana, salí del nido por primera vez. ¡Volé tan alto que casi toqué el Sol! ¡Luego me dirigí hacia la llanura, pero un viento violento me echó abajo y zas!





—No te preocupes —lo tranquilizó el niño—, yo te voy a cuidar. Me llamo Yatiri.

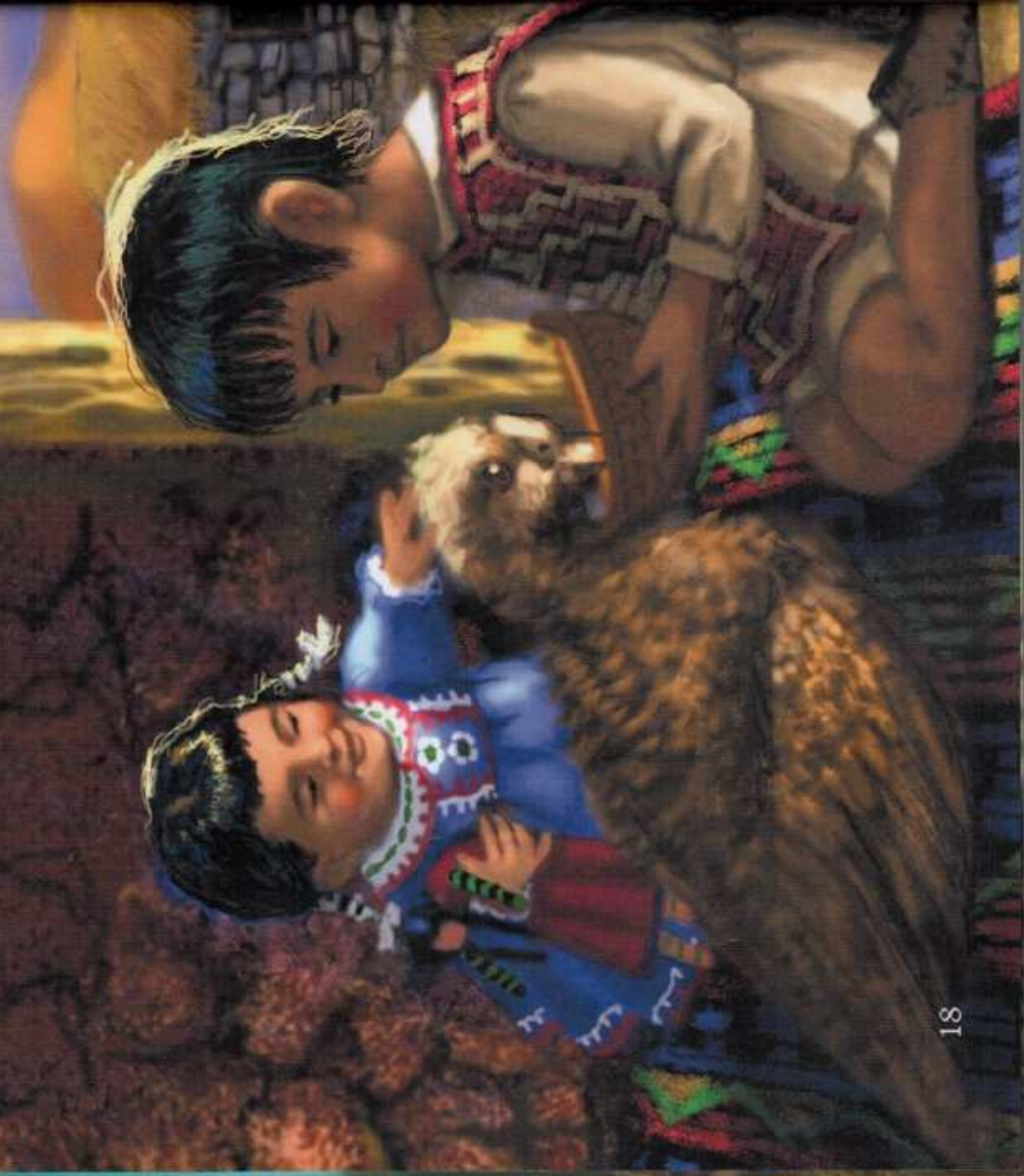
—Yo, soy Alaya.

Siguiendo lo que le dictaba su corazón, Yatiri llevó al joven cóndor en su espalda hasta el pueblo.





Algunos días más tarde, Alaya se había recuperado.



18




—¡Los mensajeros del Sol! —exclamó la madre de Yátiri  
apuntando al cielo con el dedo.

Dos cóndores volaban hacia la casa.  
Su pesado aleteo partía los aires.

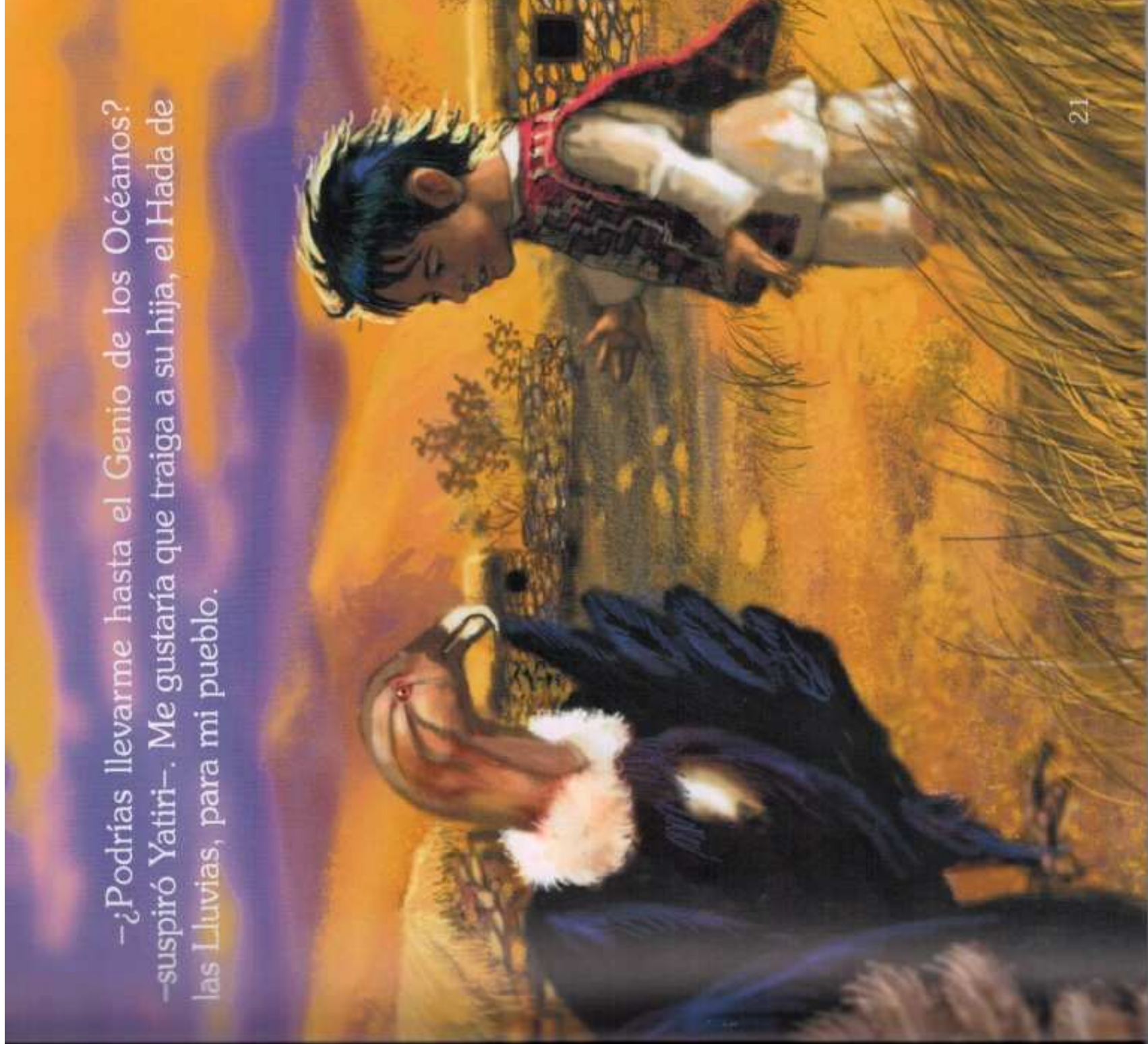
19





-¡Mamá! ¡Papá! -exclamó Alaya-. ¿Cómo me encontraron?  
-Una llama nos avisó -explicó su mamá y luego, mirando a Yatiri, dijo-. Gracias, mil gracias, mi pequeño. ¿Qué quisieras para ti, a cambio?

20



-¿Podrías llevarme hasta el Genio de los Océanos?  
-suspiró Yatiri-. Me gustaría que traiga a su hija, el Hada de las Lluvias, para mi pueblo.

21





Enseguida, Yatiri se encontró sentado en el lomo del padre cóndor, mientras que Alaya se instalaba sobre el de su madre.

De un aleteo, se elevaron por los cielos. Abajo, el desierto se veía como una inmensa alfombra de arena con reflejos dorados, salpicado por enormes rocas redondas y lisas.



De golpe, se levantaron unas olas gigantescas que se rompieron en la playa, espumosas.

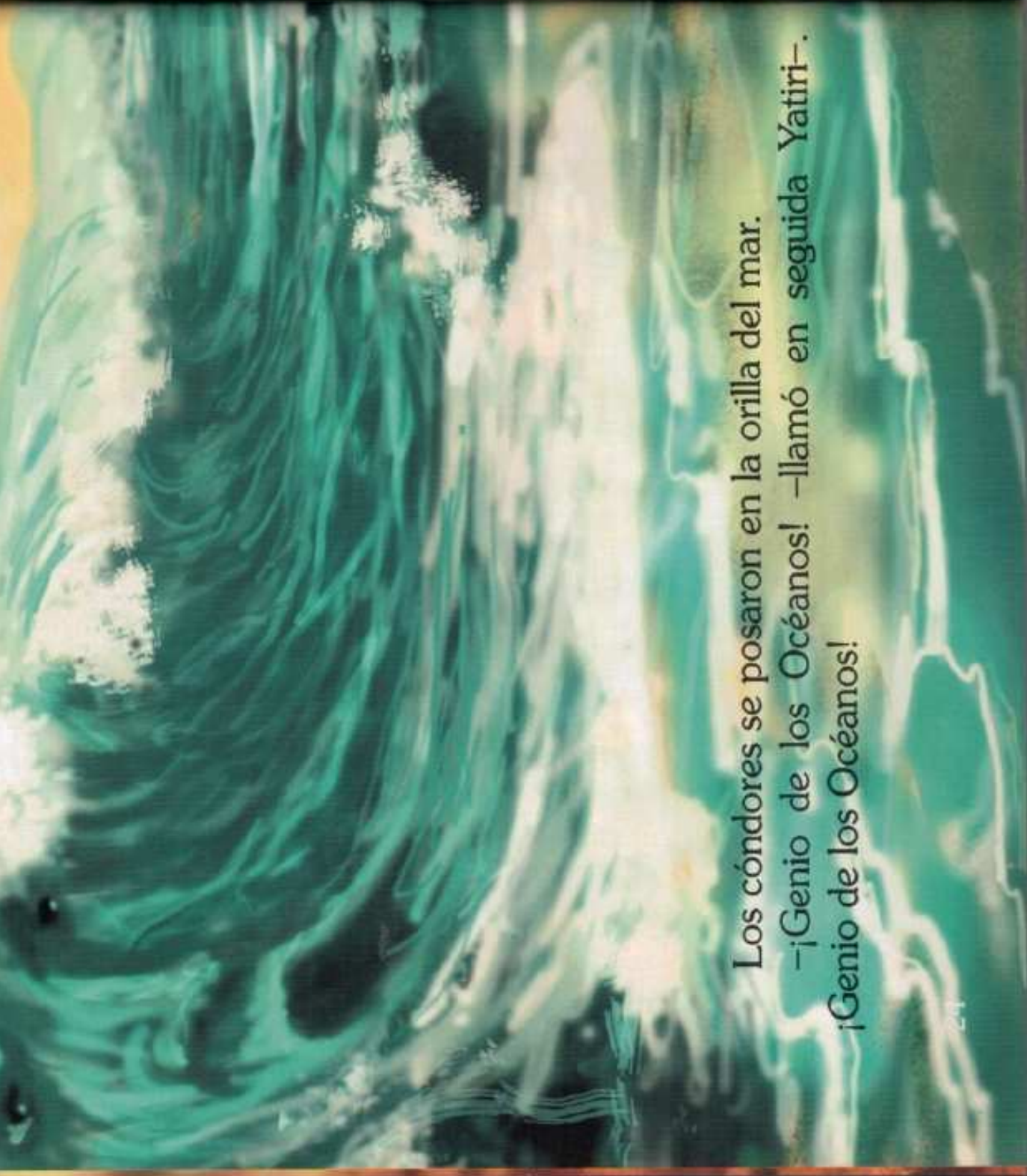
El pequeño niño indio retrocedió, aterrizado.



Los cóndores se posaron en la orilla del mar.

—¡Genio de los Océanos! —llamó en seguida Yatiri—.

¡Genio de los Océanos!





-¿Qué quieres de mí? -tronó una voz poderosa.  
-No tenemos más agua -explicó Yatiri-. Nuestra llanura se convierte en un desierto.  
-¿Podrías devolvernos a tu hija, el Hada de las Lluvias?  
-¡Imposible! -respondió el Genio de los Océanos-. Está con su bienamado. No puedo pedirle que vuelva. No tengo derecho a amargar su felicidad.



26

-¡Pero todos los animales van a morir de hambre y de sed! -explicó Yatiri, desesperado.

-Es cierto -dijo el Genio-. Ya que tuviste el coraje de venir hasta mí, voy a recompensarte. De ahora en adelante, mandaré a mi segunda hija a visitarles por las mañanas con la aurora. Ahora, regresa a tu casa.

El pequeño Yatiri agradeció al Genio de los Océanos...  
sin comprender.

¿Una segunda hija ?

¿Cómo podría ella darles agua?



27



Pronto, los cóndores dejaron a Yatiri de vuelta en su casa.

—¡Hasta la vista pequenín —le dijo la mamá cóndor—, espero que se cumpla tu deseo!

—¡Hasta pronto Yatiri! —repitió Alaya—. ¡Volveré a verte tan pronto sepa volar solito!



Agotado, Yatiri se durmió.

Aquella noche en sueños vio el desierto, inmenso y dorado, el océano infinito, con sus olas... y escuchó el poderoso aleteo de los cóndores que desgarraba el silencio de los cielos.

Y mientras él estaba sonriendo en su sueño, allá, a lo lejos, un espeso manto de bruma se fue deslizado desde el océano.

Silenciosamente...

Avanzó por el desierto, lentamente.

A pasos sigilosos. Poco a poco, con mucha ternura, fue cubriendo la tierra con una nube de minúsculas gotitas.

¡Gotitas de agua!







En la madrugada, cuando Yatiri se levantó, sus padres ya se encontraban en el umbral de la casa.

—Mira quién está allí: ¡es Camanchaca, el Hada de las Brumas! —murmuró su madre.

—¡Qué hermosa es! —susurró Yatiri admirando su vestido centelleante.

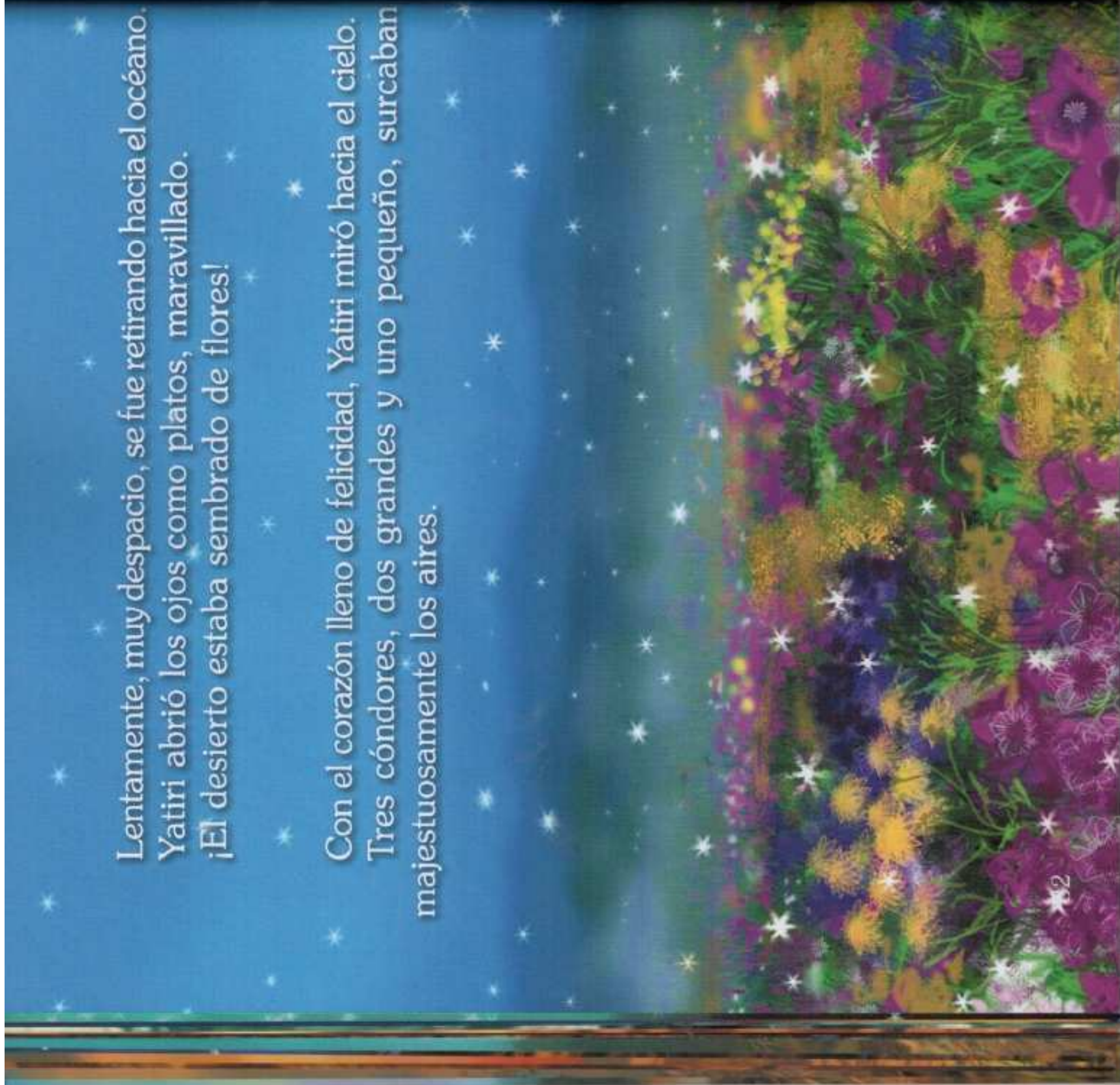


—Me tengo que ir apenas salga el Sol —dijo Camanchaca—. Pero no te preocupes, volveré todas las mañanas con mi alfombra de rocío.



Lentamente, muy despacio, se fue retirando hacia el océano.  
Yatiri abrió los ojos como platos, maravillado.  
¡El desierto estaba sembrado de flores!

Con el corazón lleno de felicidad, Yatiri miró hacia el cielo.  
Tres cóndores, dos grandes y uno pequeño, surcaban  
majestuosamente los aires.





## La camanchaca

**E**n Chile, la camanchaca es una bruma espesa que, cada mañana, sale del Océano Pacífico para cubrir la costa del norte.

La palabra kamanchaka es una voz aimara que significa lluvia fina y ligera. Es una nube espesa que se forma en el mar y llega a las costas arrastrada por la brisa marina.

Pero esta nube hecha de finas gotitas de agua en suspensión no contiene suficiente agua como para lavarse, cocinar o cultivar un huerto.



Mujeres y hombres ingeniosos han encontrado una solución: extienden en el desierto grandes mallas negras verticales que se llaman atrapanieblas. Cuando la camanchaca las atraviesa, las gotitas de agua quedan atrapadas en la malla, se condensan y luego bajan al suelo, a través de una canaleta. El agua potable así obtenida es conservada en estanques inmensos. Un metro de malla puede dar hasta cinco litros de agua por día; varias decenas de mallas pueden captar más de una tonelada de agua potable diaria.

Gracias a eso, muchos pueblos chilenos pueden vivir en zonas desérticas donde nunca llueve. Estos atrapanieblas también han sido instalados en Perú, Ecuador, Nepal y en el desierto de Arabia.